

HACIA UNA  
UNIVERSIDAD  
LATINOAMERICANA  
DE  
COMPROMISO SOCIALISTA

**Escribe:**

**JESUS ARROYO LASA**



*Compartimos con las naciones del Tercer Mundo el ser víctimas de sistemas que explotan nuestros recursos económicos, controlan nuestras decisiones políticas, nos imponen la dominación cultural de sus valores y de su civilización de consumo.*

*(Episcopado Peruano, Lima, enero de 1.969)*

El título del presente trabajo es un tanto molesto. Molesta de él, por lo menos a algunos, el que se hable de una "Universidad latinoamericana", como si realmente se hubiera logrado cierto grado de uniformidad en los elementos que deberían constituirla. Molesta también, tal vez más, el que esa Universidad latinoamericana un tanto hipotética, tenga que definirse, como "compromiso socialista". La palabra socialismo está cargada de matices nada claros, que provocan en el lector o en el oyente respuestas de rechazo o, por lo menos, de desconfianza. ¿De qué socialismo se trata? Los hay de muchos colores. Socialismo inglés, socialismo pre-comunista, socialismo estatal, todos ellos de hechura europea. Si he de ser franco, de ninguno de ellos. Afortunadamente no confío en la "europeización socialista" para nuestras Universidades latinoamericanas.

Si se intentara hacer una división superficial o precipitada de las Universidades latinoamericanas, podrían catalogarse así: Universidades Nacionales, Universidades Privadas y Universidades Confesionales. Sin embargo, estas tres categorías no satisfacen. Porque, ¿qué "nacionalizan" las primeras? ¿De qué están "privadas" las segundas? ¿Qué "confiesan", o qué "denuncian" las últimas? Mejor será atender a otros criterios para lograr calificar a las Universidades latinoamericanas como tales. Ya no interesan los patrones clásicos porque, después de años, han resultado inoperantes. Y, además, porque tal división deja de lado el "compromiso socialista", seguramente el elemento que debe tenerse en cuenta, antes que otros, para ver si efectivamente deben o no seguir existiendo. Dicho de otra forma, el "compromiso socialista" ha de dar el **sentido fundamental** a tales instituciones. El "compromiso socialista" se visualiza en la "conciencia política" de quienes lo viven, formulada en términos de **denuncia** y **anuncio**, significativamente inseparables. No cualquier clase de denuncia y anuncio, sino aquellas que han sido **técnicamente procesadas**.

Sobre estas bases, se desenvuelve el presente trabajo, no a título de conclusiones definitivas, sino, más modestamente, como pautas de reflexión en orden a la renovación del sentido de las Universidades latinoamericanas.

## 1. **Un vistazo sobre las contradicciones universitarias**

Desde hace cincuenta años o más, no pocas de las Universidades latinoamericanas vienen desarrollando una larga serie de "incomodidades" mal llamadas "actividades políticas", con las que pretenden convencer de su "presencia en la sociedad" denunciando el abuso de los poderosos y prometiendo mejores tiempos para los apremiados. No que se dude de su "buena voluntad" o de su "ideología revolucionaria". Ni que se conside-

ren estas manifestaciones como del todo inútiles y carentes de mensaje. Han logrado haber sido estimadas como paradigma de la acción de cambio dentro de la vida universitaria. Su estilo se repite de país en país, su lenguaje no matiza las diferencias locales, las consignas son las mismas. En verdad, la crítica que se merecen no provienen ni de la voluntad ni de la inteligencia, sino de la **conciencia verdaderamente política que emerge de la exploración regional** y que, simultáneamente, **vuelve a sumergirse en ese medio que la configura**. Esta conciencia política se sustenta en un diálogo permanente entre la Universidad y la Sociedad, que excluye toda dicotomía entre ambas, y que, consiguientemente, justifica, a nivel de Tercer Mundo, la razón del ser universitario.

Pero la palabra sociedad es unas veces confusa, otras pluridimensional, regionalista, marginalista. Desgraciadamente, pocas veces se entiende la sociedad como entorno dialéctico, cargado de contradicciones que alcanzan —a menudo— el grado de “situaciones límites”. Y que para develarlas no basta con el ingenuo captar de la “conciencia evidente”. Para rebasar la tiranía malsana de esta conciencia evidente, se necesitan ciertos sabores que están más allá de los puramente académicos, si bien también participan como sabores técnicos. Los “giros políticos” (o conatos sociopolítico-económicos que no alcanzan las raíces de los males y por tanto no implican una verdadera transformación del medio) muestran hasta dónde los políticos de turno no radicalizan sus posiciones, contentándose con la verbalización de las calamidades, de los remedios que prometen. Muestran hasta dónde es imposible la revolución social si previamente no se ha dado el paso de la conciencia evidente, ingenua, a la conciencia política, radical. Si las Universidades latinoamericanas hubieran desconfiado de las “recetas revolucionarias”, de las imitaciones, de los falsos modelos de identificación políticos, seguramente que hace muchos años hubieran establecido, dentro de su campus, la conciencia política, mensurada por las realidades sociales, que lleva necesariamente a un compromiso de carácter netamente socialista. Analicemos estas afirmaciones.

Conviene volver a la sociedad como al punto de origen y justificador de la Universidad latinoamericana de compromiso socialista.

No se puede admitir el que la palabra sociedad represente o signifique la **totalidad** de los ciudadanos que viven (o mueren) bajo una misma Constitución Nacional. Por el contrario, debe entenderse como una **suma inadaptada** de individuos separados violentamente por una mala aplicación de las ventajas de la misma Constitución Nacional, expresada en el servilismo de los gobiernos, del ejército y de las oligarquías que se inspiran, para sus decisiones, en los poderes que poseen y gozan, poderes que de hecho no confrontan el sentido social del Destino Nacional. Sus respectivos horizontes de quehaceres han reprimido la referencia natural que apunta a las necesidades vitales de los oprimidos y condenan las necesidades adquiridas de su larga vida clanista. En este contexto, pues, se ha de entender la palabra sociedad.

De esta sociedad desmembrada llegan los estudiantes a la Universidad; de ella, también, se toman los profesores y se eligen aquellos que van a dirigir los destinos universitarios. Son individuos, por tanto, para quienes la Universidad no representa un concepto unívoco. Sus motivaciones, para ingresar en ella, tampoco son uniformes. La forma personal de encarar los estudios, las expectativas y los ideales son, sin duda, igualmente diversos. Habrá estudiantes que de sus estudios sólo esperen un romo profesionalismo, o que con ellos puedan medrar en el status social. Gentes, casi todas ellas, venidas de ciudades (de la capital del país, o de

las capitales de provincia), que poco o nada saben de lo que realmente necesita su patria. De la misma manera, sus conciencias arrastrarán la impronta de sus propios ambientes: conciencias evidentes, conciencias clanistas, conciencias competitivas, conciencias amargadas, conciencias sociales (las menos)... sin conciencias. Ante este auditorio, los profesores dictarán sus clases sin extraer de lo que explican el sentido político que ocultan. Y las directivas por su parte se esforzarán, en la buena mayoría de los casos, por ofrecer una Universidad que responda al profesionalismo, a las necesidades de las ciudades, a la mala conciencia reprimida de las clases sociales representativas del sistema. Habrá también algunos alumnos, profesores y miembros de las directivas universitarias, que no puedan aceptar tal estado de cosas. Los habrá quienes luchan y lloran contemplando tan mediocre panorama. Los habrá quienes se plantean otro tipo de Universidad más conforme con las trágicas necesidades nacionales. Los habrá... y los hay. Pero, en verdad, hasta el presente, estas minorías no han conseguido procesar su Esperanza redentiva, su fe en el hombre, su amor, su humildad, su gran confianza: aún no han logrado dialogar con la Sociedad. Paolo Freire aún no se ha impuesto.

La diversidad de intereses y motivaciones en los componentes universitarios es, pues, enorme.

¿Pueden ser atendidos, deben ser atendidos todos estos factores de significación tan encontrada?

No y sí. Depende de lo que se entienda por Universidad latinoamericana, es decir, por una Universidad que ha de responder a los problemas más urgentes del Hemisferio. Quienes sólo esperan de sus años de estudio lograr un título o una licenciatura para mejor vivir en adelante, o para defender las posiciones privilegiadas de la familia o clase social, para permanecer en los poderes oficiales, estos tales se colocan de espaldas a su propia patria, a las realidades más angustiosas que azotan a los propios hermanos. Una Universidad que fomentara este tipo de ciudadanos, sea que lo haga consciente o inconscientemente, es un verdadero obstáculo para el cambio social. Debe ser abolida. Implica un permanente fomento de las estructuras de poder y privilegio que imposibilitan o retardan gravemente la transformación social.

El caso más frecuente no es, sin embargo, el que acabo de denunciar. Las Universidades desean negar dialécticamente tales aberraciones. Tienen "conciencia" de su misión en otro sentido, es a saber, en el sentido de una nueva promoción de jóvenes profesionales que con el ejercicio de la profesión se empeñen radicalmente por una sociedad en que la humanización sea un hecho, y no sólo asunto de "ideologías emocionales". Conforme al Tercer Mundo las Universidades están obligadas a indagar sobre las motivaciones políticas de sus candidatos. Los exámenes de admisión han dejado de lado esta indagación. La sensibilidad política incomoda en ocasiones la "buena marcha" de las Instituciones educativas. El orden y la disciplina pasan a segundo plano y la falta de hombres preparados para procesar la vocación social entorpecen el sano procesamiento del sentido político de los universitarios. Es más fácil trabajar con "conciencias establecidas", estáticas, dicotomizadas de las necesidades de cambio. Es más cómodo, para el mismo estudiante, concentrarse en el puro saber académico, en lograr calificaciones altas, en mantener relaciones de "cordura" con las autoridades universitarias, conseguir fama adecuada a los criterios del sistema. Todo lo cual tiene el beneficio de una recomendación para cuando egrese de la Universidad.

Pero la sociedad es hoy, toda entera, una "situación límite" en el sentido que da Paolo Freire a esta expresión. Es, para las conciencias honestas e inconformes, un desafío permanente a los valores políticos. Es una sociedad entrañablemente violenta, inconforme, atropellada, embestida en sus derechos humanos más elementales. Es una sociedad que por sus contradicciones y por su necesidad de negar, aboliéndolas, se convierte en sociedad dialéctica. Sólo quienes han comprendido esta precaria situación social, quienes han tomado conciencia de estos hechos, están capacitados para afirmar que **saben** y comprenden la realidad del mundo donde viven. Estos saberes no son meramente especulativos: todo lo contrario, se hallan mensurados por la más expresiva realidad, por los antagonismos reales, y tal conciencia es conciencia del mundo, **conciencia política**. Y una Universidad que no traduzca en sus aulas las situaciones límites de la vida social, a través de las exposiciones de los profesores, del acceso de los alumnos hasta el mismo lugar de los hechos, de las revistas y de los libros de consulta que tratan de los problemas nacionales, es una Universidad que extranjeriza a sus escolares. La conciencia política no es otra cosa que ese sentir y saber humanos que responde a la ontología del espíritu, ser en el mundo; esto es, admitir que no puede haber ningún individuo que en cuanto tal no sea pura referencia al mundo, y que su vida no lo es si no implica simultáneamente la vida del mundo y que, por tanto, ésta no existe donde no haya quienes no sepan de ella.

A mi juicio, el peor mal que una Universidad conforme al Tercer Mundo puede cometer es carecer de conciencia política.

La conciencia política, según se acabó de decir, refleja la situación límite en la que se halla sumergida la realidad, el mundo, los hombres que dramáticamente lo componen. Por esta razón, la conciencia política también vive, reflejamente, la situación límite real, y, por ende, es conciencia violenta, conciencia dialéctica. Entre ella y el mundo no existen leyes que las gobiernen según principios diversos. Solamente cuando se imponga una dicotomía entre ambos, entonces será necesario recurrir a "disciplinas" diversas para "justificar" los procesos de la conciencia como diversos u opuestos a los procesos del mundo. Pero el hombre, dejado a sí mismo, a su natural, **refleja**, en él el mundo, no porque lo copie o lo imite, sino porque el ser hombre pensante incluye en todo caso el mundo **pensado**, siendo por ende inseparables el hombre que tiene su **conciencia de** y el mundo que ofrece los **contenidos para**. A esta mutua referencia ontológica, llamo conciencia política. Y considera a ésta como el primer criterio para juzgar sobre el sentido de una Universidad latinoamericana, conforme a las peculiaridades de Latinoamérica como continente que clama a gritos transformaciones radicales más allá de los simples "giros políticos".

No puede haber **praxis política** donde la conciencia política no existe, donde se alimenta la disociación entre mundo violento y conciencia estática. Sencillamente porque el mundo está ignorado. Si el punto de partida del cambio social lo ponemos en la **violencia de las conciencias**, como signo significado y a la vez significante de lo que sucede en la realidad, difícilmente podrá contribuir a la transformación social una Universidad que se propone, por encima de todo, dar las respuestas hechas a los alumnos, evitando que estos se encaren por sí mismos con la realidad. Porque ésta admite respuestas múltiples, percepciones múltiples, manejos múltiples. Esta diversidad de opciones, tan importante para una verdadera conciencia política, es la que inspira la praxis política a través de la violencia de las conciencias. Se trata, pues, de redimir al hombre de su diso-

ciación con el mundo, para que recobre su dimensión ontológica y, después, tomar al mundo como elemento de sí mismo, de modo que se reconozca como **hombre político**. Este es el verdadero sujeto de una Universidad configurada según los apremios de nuestros países.

Cuando fallan las posiciones fundamentales, los "derivados de la conducta básica" también yerran. Entonces, las intuiciones de praxis y transformación inspiran recursos que no coinciden, por ejemplo, con la conciencia política, dando el nombre de político a todo aquello que hiera, de alguna manera, las estructuras de poder vigentes. No basta con herir. Se trata, más bien de erradicar una forma de vida cuyos postulados han atropellado los derechos más elementales de enormes mayorías. Y las Universidades latinoamericanas, cortadas según patrones de cambio, se han de volver hacia esas mayorías abandonadas. La revolución la inician algunas minorías inspiradas en las masas de oprimidos. Pero, aún en estos casos, esas minorías no tienen "palabra propia", sino que hablan lo que han captado políticamente en los sufrimientos ajenos. El hombre político, no se olvide, es un individuo que es y está en el mundo; pero, en nuestro caso, en el mundo de los oprimidos. Por ello, una Universidad según señalamos, tiene que ser necesariamente una Universidad con los oprimidos. Su presencia en ella, por medio de sus necesidades, es a no dudarle el factor que decide por una conciencia política universitaria. De esta forma, se recupera la unidad humana, académica, disciplinar, promocional: **ser-en-el-mundo**. Ser compromete mucho más que estar. Cualquier oligarca puede afirmar que "está" en el mundo de los oprimidos. Pero jamás **será** de él.

Por tanto, la Universidad no es una "institución docente", sino artes que nada una **comunidad política**. Es de lamentar con qué frecuencia el escándalo del sistema oficial protesta porque las instituciones académicas se van deteriorando por la acción de unos pocos revoltosos. Pero su grito no ha sido oído, hasta el momento, porque se ha resquebrajado la comunidad política universitaria. Más aún: habría que preguntarse si con este último, con la dicotomía Universidad-sociedad, no están de acuerdo. Las Universidades deberían ser —según ellos— pequeñas cárceles donde algunos inquietos descargan sus furias, obligándolos a permanecer en ellas, impidiendo la transcendencia de sus ideales de cambio. La "razón filosofante" de los tales, no descansa buscando argumentos que justifiquen la intervención del ejército, la censura de los gobiernos llamados abusivamente democráticos, el repudio de las gentes de "buena conciencia". Siempre podrán mostrar una nueva teoría con la cual amparar su comportamiento de represión. En vez de favorecer las ideas del cambio, pregonan la implantación de una disciplina de orden, sin caer en la cuenta que tanto la disciplina como el orden no son sino resultados de la humanización política y que fuera de ésta, aquéllas son formas absurdas de opresión.

## 2. Naturaleza de la conciencia política en el contexto universitario

La conciencia política, tal como ha sido diseñada anteriormente, representa en verdad la personalidad que debe madurar en las "aulas" universitarias. La conciencia política, que no queda reducida a una serie de fórmulas racionalizadas de los quehaceres de cara al mundo; sino que, por el contrario, es la que representa al individuo total y, por tanto, inspira su conducta revolucionaria, exige una serie de criterios igualmente políticos, con los cuales se define y en los cuales se realiza como praxis de transformación. No se trata de que cada cual madure su propia conciencia como aislado de los demás. Ni de los demás, ni del mundo. Más aún, esa conciencia sólo logrará el procesamiento necesario si se lleva a cabo dentro

de la Universidad como tarea política de la misma, como tarea que consiste en politizarse, hasta ver instaurada en ella las variantes de la sociedad opresora y oprimida; de modo que —como diremos en el capítulo siguiente— la misma Universidad, directivas, profesores, alumnos y empleados, las bibliotecas, los adornos, se impongan como estamentos políticos, con su comportamiento de denuncia y de anuncio de una comunidad mejor que deja de imitar la historia de las dominaciones para ser sustituidas por otra nueva, más humana y más social. La Universidad, como comunidad universitaria, ha de representar la conciencia política de la región, en forma de situación límite, según se verá más adelante.

Nada más imperioso que la toma de conciencia de los valores políticos. Estos, fundamentan, alimentan, originan la conciencia política. Su praxis la fortalece y ofrece la orientación requerida. Según Paolo Freire pueden considerarse como tales los siguientes: la conciencia de la propia actividad, que es simultáneamente conciencia del mundo, puesto que esa actividad es en y con el mundo; a no ser que, por diversas razones de conveniencia burguesa o de ignorancia inculpable, se haya fomentado la dicotomía del caso. Esta praxis no está desprovista de finalidades, si bien éstas no significan metas a priori, sino más bien orientaciones globales de transformación, cuya realización determinada proviene del mismo procesamiento de los hechos políticos. De lo cual resulta el tener el punto de decisión política en permanente búsqueda, concretada en las sucesivas opciones que enfrentan a la conciencia social y que determinan humanamente el rumbo de la conducta. La confianza de improntar el mundo con la propia presencia, con la fuerza de los ideales de cambio, presencia que es creadora en cuanto que transformadora, y que es manejada con una permanente criticidad y reflexión. La capacidad de distanciarse de las realidades de dominación, sin la cual difícilmente se podrán cambiar, dado que lo contrario implicaría la identificación morbosa con los males que se desean remediar. Precisamente en virtud de esta desidentificación se hace factible la captación objetiva de las circunstancias, y por ende el emitir juicios reales sobre lo que ocurre.

La naturaleza de estos valores políticos muestra también la ontología de las Universidades, por cuanto que cada uno de ellos se vuelve hacia el medio para sumergirse en él. La sola violencia que impide tal proceso puede representar la vocación negada a los mismos. La libertad consiste, por tanto, en la fidelidad a esta vocación política, a este dejar libre el curso de la proyección social de tales valores políticos. La libertad no debe tomarse como un dato a priori de las Universidades. Todo lo contrario, estas no son libres por derecho de nacimiento, sino que más bien es su cotidiana conquista, por cuanto que las implicaciones de la conciencia y de los valores políticos deben ser procesadas continuamente, mediante la elección de las opciones que llevan a ello. Por ello podemos decir que siempre que se dan circunstancias en las que no se cumple este destino habrá que sospechar de una "situación de violencia", de la presencia del opresor que, temeroso de las consecuencias que podrían emanar de la conciencia política, lucha con todos sus haberes para evitar que la misma se pronuncie como transformadora del mundo.

De lo anterior se puede deducir que la Universidad latinoamericana, que se mide por su presencia en el medio real nacional, está formulada en términos de reflexión y de acción. La primera sin la segunda es lo mismo que teorización, especulación. La segunda sin la primera no pasa de ser mero activismo. La verdadera reflexión se hace a partir de la acción de los valores políticos, mediante los cuales se incorpora —diríamos— el mun-

do a la conciencia. Pero la misma acción tampoco sería acción revolucionaria si no implicara la conversión de la conciencia en dato mún dico. De esta forma, se confirma una vez más cómo la genuina Universidad latinoamericana, la que merece que exista, sólo puede mantenerse en el sentido de su mensurabilidad con el mundo de las necesidades vitales de los pueblos. A partir de este "enfrentamiento" —Universidad y mundo— emerge el quehacer verdadero de tales instituciones. A la vez, y en virtud del equipo de gentes —profesores, investigadores, estudiantes— que la componen, se convierte, por su propio puesto, en la entidad-líder de los procesos nacionales de cambio. Ella es eminentemente dialógica, y no con las clases poderosas, sino precisamente con las más necesitadas. Ella denunciará la presencia del opresor en dondequiera que se lo note. Enemiga por entraña de la sectarización, su pasión no será la política de turno, sino la humanización del pueblo. Su misión de líder se ha de llevar a cabo conforme a las cualidades que Freire señala para el diálogo: amor, humildad, confianza, fe y esperanza. Estas propiedades impregnan —han de impregnar— los valores políticos, cuya última manifestación será: por una parte, la coherencia entre la palabra que denuncia y anuncia, el acto que le testimonia y el mundo en el que se testimonia. Además, la radicalidad en su acción de cambio, que sólo será posible si con osadía se empeña por encarar decididamente las "situaciones límites" (cfr. más adelante). La valentía de amar, del cual amor la Universidad habrá de sacar la fuerza de su denuncia y la eficacia de su anuncio. Finalmente, la esperanza y la creencia en un mundo cuyos hombres son capaces de trabajar por la búsqueda de su propia conversión en la comunión de ideales de humanización.

A este respecto habrá que decir que la mayoría de las Universidades latinoamericanas se han prostituido con ideologías que no emanan del pueblo, de sus necesidades. Han sido instituciones que Paolo Freire llamaría sectarias: unas de las derechas, otras de las izquierdas. En ambos casos se pretende una verdadera "domesticación" de la comunidad universitaria, para luego hacer lo mismo con las masas ingenuas. Ninguna de las tendencias conservan en alto su conciencia política, ni manejan los valores políticos conforme a sí mismos. Ni perciben el mundo real de la malicia, de la opresión, de la injusticia. Por el contrario, parten de un "a priori" pseudo-ideológico que se atribuye el poder de "saber el mundo". Nada más falso y alienante. La verdad y la libertad políticas no provienen de la "conciencia" sino del desvelamiento de los contenidos ocultos, sepultados por la opresión más allá de la "manifestación de la Historia". Nada más pernicioso que "interpretar" los hechos políticos. Estos no pueden someterse a categorías de ideologías, sino a su propio procesamiento en orden a su desocultamiento. Sólo quien tiene la capacidad de leerlos, es quien simultáneamente con la denuncia podrá ofrecer, de cara a la sociedad necesitada, el anuncio de los recursos humanos y naturales soterrados en la latencia de la Historia. La Universidad en este aspecto no se inclina a ninguna facción política, sino que se vuelve, desafiante, sobre los acontecimientos que demandan denuncia y de los que surgen las soluciones posibles. Se parece, en esto, al científico que no "politiza" los resultados obtenidos, por ejemplo, el médico. La conciencia política va, como se ha podido notar, más allá de las intrigas malsanas de las tendencias "extremas" de la derecha o de la izquierda. Sólo así podrá erigirse la Universidad como la portadora veraz de un diálogo transformador entre ella y el mundo de los desastres económicos, políticos, pedagógicos, etc. Esta "marginación" de todo "a priori", le da su sentido político, más allá de todo sectarismo. Y mientras no funde así su comportamiento, nunca jugará el papel que esencialmente le corresponde jugar.

Pero aún no basta con lo dicho para justificar la existencia de las Universidades en Latinoamérica. En cuanto que son reflejo, síntesis, reproducción superadora de los conflictos sociales, ella debe asumir una posición extrema, como extrema es, a menudo, la realidad a la que pertenece. Ello hace de cada Universidad latinoamericana un laboratorio donde se reproducen las situaciones de denuncia, y donde, a la vez, se gestan los anuncios de un mundo mejor. Ahora bien, como este entorno social es tantas veces caótico, representa evidentemente una prolongada y aterradora **situación límite**. **La verdadera Universidad latinoamericana, en virtud de lo que hemos denunciado y anunciado hasta aquí, tiene que constituirse, necesariamente, en una permanente situación límite, que recoja en su campus las contradicciones exteriores, las negaciones primordiales, esto es, la dialéctica de transformación.**

### 3. La Universidad latinoamericana como "situación límite"

Como acabo de decir, solamente tensionando la Universidad hasta el punto de transformarla en situación límite, será que alcance su posición de "igualdad" con respecto a la sociedad a la que pertenece. Cada Facultad o Departamento, deberá reflejar en sí lo que, específicamente, vive el mundo en relación con su aspecto del saber y de los conflictos políticos. Sólo que se logre esta identidad, podrá decir la Universidad que **es** del pueblo y vive **con** el pueblo. De esta forma, los estamentos de la misma, las diferentes carreras y cada una de las materias que en ellas se cursan, la planificación administrativa y disciplinar, en fin, cuanto constituye su organización, no serán otra cosa que la presencia dialéctica de los núcleos conflictivos sociales, a la vez que representarán los caminos de solución.

¿Qué significa todo esto? Voy a esforzarme por aclararlo.

Nada más urgente para iniciar este proceso de problematización de las Universidades conforme a la problematización social que iniciar la exploración regional, esto es, los confrontamientos de cara al mundo a fin de descubrir aquellos momentos políticos (económicos, sociales, de salud, de enseñanza, de legislación, de vivienda, etc.) donde las contradicciones son más agudas. No han de ser, por tanto, los libros de texto, ni la autoridad del saber de los profesores, ni el estúpido profesionalismo de algunos alumnos, ni el afán de prestigio de las directivas quienes impongan las orientaciones a las carreras, ni, mucho menos, quienes dictaminen sobre lo "útil" o "inútil" en cada una de ellas. Sino, por el contrario, los resultados de esa exploración regional, son los que, agudamente, han mostrado los peores conflictos que sufre el medio. Y de entre estos se seleccionarán jerárquicamente aquellos en que **los opresores** hayan logrado mejor su dominación, al mismo tiempo que esta dominación ha supuesto un grado mayor de deshumanización, esto es, **del silencio de los valores políticos**. Allí donde las contradicciones entre los opresores y el silencio de los valores políticos sean más acentuadas, allí tenemos una situación límite que deberá incorporarse inmediatamente a las aulas, para que, mediante los debates académicos correspondientes, emane la denuncia y el anuncio. Dicho de otra forma: la incorporación de las situaciones límites a las aulas y seminarios universitarios, representa dos cosas: primeramente, el colocar a la Universidad al mismo plano que la sociedad indigente. Pero, a la vez, hacerse con los acontecimientos que, al mismo tiempo que significan la situación peor del medio —presencia del opresor—, así también significan el punto de partida del anuncio, por cuanto que en esa situación límite concreta se ocultan los nuevos recursos y valores humanos que habrán de incorporarse a la vida pública. Esto es, las situaciones límites, en cuanto

situaciones perversas, son el punto de partida de una denuncia incansable, planificada, radical. Pero, también, en cuanto que ocultan los nuevos deberes humanos, son el inicio de un anuncio que conlleva los aportes humanos, hasta ahora oprimidos, para una nueva sociedad donde se pueda trabajar no por necesidad, sino por vocación, donde se pueda amar sin los celos de la genitalidad, donde se pueda creer y confiar, donde se pueda esperar, reír y cantar, humorizar, volverse a Dios sin que nadie lo impida.

De esta forma, la Universidad será, a nivel de laboratorio político, una comunidad de contradicciones y de negaciones, de visión y de revisión, de hacer y de rehacer. Donde la conciencia universitaria será tan realista como consciente la presencia del mundo en conflicto dentro de las aulas de debate. Donde la autoridad del saber corresponderá a los hechos sociales analizables y no a la figura del catedrático que impone "su mundo".

Es verdad que la conversión en situación límite implicará tantas veces un cambio radical en el concepto de orden y disciplina universitarias. Y que, por tanto, el equipo de individuos preparados políticamente deberá multiplicarse, en fin, donde la ansiedad social crezca notablemente. Ahora bien, allí donde, a la vista de una situación límite que ha sido incorporada para su crítica y problematización, se experimenta esa angustia política, allí mismo se ha de intensificar el estudio, se ha de penetrar con mayor sagacidad. Porque tal cosa representa la concientización de un desafío, por parte de las situaciones límites incorporadas a los quehaceres universitarios, es a saber, al sentido de las Universidades latinoamericanas, según he dejado escrito arriba. Y el querer evadir tal angustia política, o el intentar manejarla mediante la astucia de la racionalización represora, o el demorar su encuentro desafiante, no son sino formas alienadas de escapar a las responsabilidades políticas de tales instituciones. Solamente, mediante este enfrentamiento osado y amoroso, humilde y esperanzador, sólo así se posibilita el descubrimiento de los que Paulo Freire llamó **el inédito viable**: los valores humanos aún inéditos, pero que deben editarse en bien de una sociedad adulta y democrática, cuya ineditación se ha debido, no a su naturaleza, sino a la fuerza del opresor que los ha temido por años y, tal vez por siglos. Pero a la vez, se hace viable, esto es, mediante la técnica de los debates —y no de las clases magisteriales— pueden ser vehiculados, procesados, desocultados, editados. Esta esperanza se funda en la esperanza del hombre, el cual, favorecido por circunstancias no opresoras tiende, espontáneamente, a comunicarse y comunicar, a contribuir, disciplinariamente, al servicio social. Todo hombre es, si lo dejan libre de la dominación, **un trabajador social**.

Ahora bien: lo dicho hasta ahora, puede tomarse románticamente bajo la acción de la conciencia crítica. Esto es, poco o nada de lo dicho viene dado, así no más. Por el contrario, exige un esfuerzo gigantesco de descubrimiento. O sea, la conciencia política no espera que el material de trabajo en el que se ha de ocupar, le venga prefabricado. Nada más falso que esta espera o esperanza no trabajada (Freire). La actitud real y auténtica es el situarse en posición de búsqueda. Una búsqueda que parte de los "lugares comunes" o contenidos manifiestos de la vida pública. Pero sabiendo que esos contenidos obvios, esas obviedades cotidianas ocultan las situaciones límites, el inédito viable y consecuentemente la presencia sutil del opresor. Es decir, los caminos de la denuncia radical y el anuncio del nuevo hombre, de la nueva comunidad, de la nueva moral. Quien, apremiado por una conciencia pragmática, ingenua, precipitada, deja de lado el procesamiento de la búsqueda, no hará mucho más que dar palos de ciego, quemar sus valiosas energías y engañar, una vez más, a

quienes tanto necesitan de una redención seria y definitiva. Ni siquiera son claros los mismos valores políticos. Cuánto menos, la formación de la conciencia política, la toma de actitudes y, sobre todo, **el descubrimiento de las opciones que orientan la marcha de la liberación.** La búsqueda es, seguramente, el primero y más importante desafío que nos hacen las obviedades políticas. Y este desafío, ciertamente, hay que apresararlo en todo lo que tiene de confuso, de latente, de engañoso, de incierto, de riesgo, de problemático. Dejarlo como evidente es, sencillamente, viciar el sentido de la Universidad. Más aún, la misma búsqueda ha de someterse a la crítica continua, a la reflexión y a la comparación con las realidades objetivas. La búsqueda es el inicio de la problematización de la propia conciencia. Lo cual engendra la violencia de las conciencias y el descontento habitual en que deben hallarse.

Un peligro que está a la mano es, precisamente, el de la subjetividad. Pero si, como decimos, las conciencias se procesan de cara al mundo, con la continua comparación con él, si las situaciones límites se someten a la crítica permanente, la subjetividad quedará continuamente corregida por la presencia de la realidad objetiva, no siendo así tan fácil que degeneren en demagogia, en acción trivial, en verbalismo o en activismo. El sentirse desafiado por las situaciones límites fuerza a la Universidad latinoamericana a un continuo cuestionarse y, por ende, a no tomar más responsabilidades de las que admiten las interrogabilidades correspondientes. Es decir, las responsabilidades del caso están medidas, y, por tanto, criticadas, por los alcances del mundo en conflicto; esto es, por las situaciones límites que han sido denunciadas y de las que se han logrado el material de anuncio. Dicho de otra forma, ellas han supuesto una o más opciones que representan saltos cuantitativos y, en ocasiones, cualitativos en orden a la transformación del mundo mediante la palabra procesada en los encuentros y debates académicos. Pienso que los resultados que emanan de esta dialéctica son resultados violentos, humanamente violentos, que llevan en su entraña la transformación del mundo a partir de la denuncia y el anuncio de las Universidades latinoamericanas.

#### **4. Hacia una Universidad latinoamericana de compromisos socialista**

Este "compromiso socialista" se muestra como evidente a la vista de lo que ha quedado escrito anteriormente. Si la entraña de la Universidad es precisamente esa indisolubilidad con la sociedad indigente, la cual da sentido de existencia y acción a aquélla, es lógico que quienes pertenecen a tal comunidad universitaria sean fieles a los principios que la mantienen y justifican. Una Universidad latinoamericana de esta naturaleza, que no esté radicalmente comprometida con los indigentes, es sin más una absurda contradicción que debe ser negada inmediatamente, bien sea mediante la superación de dicha contradicción o mediante el cierre de aquélla. Por otra parte, que ese compromiso tenga carácter socialista, tampoco debe extrañar. Por las mismas razones la Universidad latinoamericana que deseamos propiciar está en función de las necesidades nacionales, está inspirada en los hombres que socialmente sufren las peores injusticias, los verdaderamente impedidos y dominados. Estos son la comunidad universitaria, aunque físicamente no puedan ingresar a ella. Pero la falta de presencia física no representa la ausencia de los mismos. La socialización de la Universidad es, con todo, tan real como si tal institución resultara del aglomeramiento de los pobres, ignorantes, enfermos, atropellados por la "justicia", etc. **El compromiso socialista es, ciertamente, un compromiso evidente.**

Ahora bien: este tipo de compromiso, admitido en las premisas anteriores, tiene conclusiones que ya no son tan fáciles de aceptar. Por ejemplo: ¿qué ocurrirá con los "poderes tradicionales" que posee cualquier Universidad, dentro y fuera de ella? Puesto que es incompatible una Universidad latinoamericana de compromiso socialista que, al mismo tiempo, mantiene centrados todos sus poderes en uno o unos pocos. Este socialismo europeizante es sencillamente antilatinoamericano. Y, con todo, los poderes centralizados destruyen la posibilidad de una Universidad socialista conforme a las expectativas de Latinoamérica. A la vista de estas formulaciones, las respuestas o soluciones posibles son varias. Analicémoslas.

La primero que me viene a la cabeza es anárquica: destruir los poderes tradicionales y esperar a ver qué ocurre. Aparte de que tales poderes nunca quedarán sin manos que los apresen (el afán de poder de los políticos de derecha e izquierda es tan enorme que nunca se resignarían a dejar pasar esta ocasión), una Universidad necesita, a toda costa, de la autoridad funcional. Por ello, esta solución es absurda.

Otra posibilidad, muy en boga en nuestros días, consiste y apunta a un cambio de poderes. Tan pronto como las autoridades de turno no satisfacen, se piensa en su destitución. A decir verdad, tampoco satisface este hecho porque la estructura de gobierno oligarca persiste, no importa cuáles slogans, promesas, sogismas se manejen para persuadir a los ingenuos de que la cosa va a cambiar. El gobierno oligarca, sea del color que sea, es siempre, sin excepción, la negación más palmaria de un compromiso socialista universitario. Por tanto, esta posible solución la consideramos incompatible con lo que dejamos transcrito anteriormente.

Todavía más actual, más socorrida, es la tercera solución que consiste en la extensión de los poderes. Mediante este recurso, las directivas tradicionales pretenden conceder mayores poderes de representatividad a los alumnos y profesores en la dirección de la Universidad. En cualquier caso, esa "extensividad de poderes" mantiene hábilmente la verticalidad del gobierno oligarca. El poder concedido a los nuevos representantes aparece como un "don" que benévolamente es concedido por quienes tienen el único derecho de gobernar. Mas aún: imaginarse que una Universidad se convierte en comunidad universitaria por el solo hecho de que los canales oficiales de comunicación han sido aumentados es, en verdad, un burdo engaño. Imaginarse que los estudiantes han logrado un paso más hacia el poder porque cuentan con mayor representatividad es, sencillamente, consuelo de ingenuos. Tampoco se trata de esto en orden a un compromiso socialista con el pueblo necesitado.

Otra solución, bastante bárbara por cierto, es que, mediante un golpe de gracia o por maniobras astutas, los estudiantes acaban controlando las decisiones de la Universidad. Este recurso, que también ha sido practicado en más de una institución, nada arregla, sino que, por el contrario, además de destruir sectariamente la comunidad universitaria, pecaría de uno o de todos los errores comprendidos en las falsas soluciones que acabamos de denunciar.

Entonces, ¿dónde podría estar la posibilidad de una organización de la Universidad latinoamericana de cara al Tercer Mundo, de compromiso socialista, en la que la conciencia política y sus valores correspondientes estén actuando conforme al sentido universitario presente, en relación a la "administración de poderes"? La fórmula la veo en la **comunicación de poderes** según me inspiró el libro de Paolo Freire titulado **"¿Extensión o comunicación?"**. Los enemigos tradicionales de un verdadero socialismo

son: por un lado (el lado que se torna enfático hacia la derecha), la propiedad privada acumulada. Por el otro (el que se inclina en sentido contrario), el Estado amparado por el ejército y las oligarquías. Ambas las consideramos igualmente funestas. Ambas, implican la negación del verdadero socialismo universitario. No se trata de crear grupos que ponen en peligro la marcha general de la Universidad, ni tampoco fortalecer las directivas con disciplina rígida, amenazas, expulsiones, etc. Nada de esto tiene que ver con el compromiso que estamos analizando desde el punto de vista de la "distribución" de poderes. La comunicación de estos se basa, en primer lugar, en lo siguiente: a diferencia de la extensión de poderes que se caracteriza por la profundización de la verticalidad en el gobierno, aquí, contrariamente, se refuerza la horizontalidad del mismo, esto es, en vez de manejar "comunicados", se sustituyen estos por la verdadera comunicación universitaria. O sea, conforme a Freire, la extensión de poderes no implica **un auténtico diálogo universitario**, a diferencia de la comunicación de poderes. Además: la autoridad que emane de este diálogo, no se inspira en los aciertos o desaciertos de la verticalidad autoritaria sino, lo que es mucho más importante, en los contenidos desvelados en las situaciones límites, factores estos que, como se dijo, expresan la acción y el saber universitario. Este hecho, descarga, no poco, a las autoridades tradicionales del compromiso constante de tomar ellos solos las decisiones que afectan a toda la comunidad universitaria. Dicho de otra forma: el ejercicio y la limitación de los poderes del saber universitario funcionan a partir del encuentro dialógico y dialéctico de la Universidad con la sociedad en conflicto. A esta autoridad llamaremos **autoridad del saber**, la primera en jerarquía dentro de la Universidad. por tanto, son **los hechos políticos** quienes deciden por las orientaciones correspondientes. O sea, que, tales hechos deberán necesariamente formular **las opciones** que configuran la marcha de la comunidad universitaria. Esto es: la primera autoridad es académica y no funcional. Esta estará comprendida por meros ejecutivos, individuos que obedecen a la anterior, que carecen de poderes decisivos, que no participan en la cualificación y jerarquía de las decisiones. Los cargos administrativos deben a pasar a segundo o tercer orden, dentro del plan que analizamos.

Pongamos un ejemplo para aclarar lo anterior. Por supuesto, el ejemplo que vamos a traer no va a tratar sobre esas "pequeñeces" con las que a menudo los estudiantes, profesores y directivas incluso, arman sus grandes pleitos, como suelen ser si tal o cual profesor sirve o llega a tiempo a sus clases, sobre cuándo se ha de dar esta o aquella materia, si esta otra es prerequisite o no, si se adelanta o se atrasa tal examen, etc. Para estos casos, basta un coordinador de carrera. No son asuntos de la Universidad como tal, que es lo que nos preocupa aquí. La mera autoridad funcional o ejecutiva dispone, oyendo, lo que convenga. Por el contrario, el ejemplo debe representar una situación límite, según se dijo, cuya solución toca exclusivamente a la autoridad del saber que es simultáneamente la única autoridad política, la primera, sin rival, en jerarquía universitaria. Toda situación límite es situación social, por tanto, conlleva la presencia de la comunidad en conflicto, la cual ha sido interiorizada en las aulas universitarias, problematizada conforme a los saberes correspondientes, denunciada públicamente y comparada con los análisis que encaminan una solución, un aumento. Los debates habidos han aclarado, técnica y políticamente, los alcances del mal. Imaginemos que en una región determinada la situación del gremio de los maestros, desde el punto de vista de su preparación y retribución económica, es prácticamente situación de abandono. Si en ese lugar existe una Universidad conforme a lo que hemos

analizado anteriormente, no se dudará en que de alguna forma se muestre interesada en los problemas de la educación. Más aún, si además cuenta con una Facultad de Pedagogía, tuvo que discutir, en alguna de sus aulas (o, seguramente, en varias, pues el conflicto es amplio desde el punto de vista de sus componentes) las precarias circunstancias en que se encuentran los mencionados maestros. La Universidad, al tomar bajo su responsabilidad política el estudio del conflicto, al identificarse con el mismo, ella misma se traduce en situación límite, y experimentará seguramente la misma urgencia de solución que los afectados maestros. Decimos que ella misma, la Universidad y no sólo la Facultad de Pedagogía, porque la discusión del tema, los debates habidos en las aulas, mostrarán cómo las contradicciones estudiadas abarcan temas diversos más allá de la misma profesión: aclaración de los hechos, aspectos jurídicos, dimensiones económicas y presupuestales, aspectos ético-políticos, psico-sociales, etc. Es decir: lo que, en un principio pudo manifestarse como asunto de un solo gremio, posteriormente se desvelarán otros más allá de lo que en principio se consideraba era todo el problema. Pero, supongamos que, a pesar de las protestas e intereses de solucionar el conflicto por la vía del orden y del diálogo, los organismos oficiales correspondientes no prestan la atención del caso y, en vista de ello, se decreta una huelga nacional por la cual se para la actividad docente a nivel de primera y segunda enseñanza. La Universidad, por su parte, reúne a los especialistas en las diversas ramas que afectan al conflicto en unión con los alumnos y proponen realizar un estudio serio que represente de cara al país una verdadera denuncia de las injusticias que han venido sufriendo los maestros y, a la vez, en virtud de este trabajo, y de otros que diversas entidades hayan ofrecido, el conflicto se solucione.

Pero, llevemos más allá la hipótesis. Ni siquiera a la vista de todo esto, los organismos oficiales admiten la legitimidad de las peticiones formuladas por los maestros. A la vista de estos hechos, deciden los maestros pedir ayuda a la Universidad en cuestión para que les respalde en su huelga y, por ende, se incorpore a las manifestaciones públicas abandonando las clases por el tiempo que dure la contradicción social en que aquéllos viven. Ante este dilema, ¿qué autoridad deberá decidir si se incorpora o no la Universidad a la huelga? ¿La autoridad deberá decidir si se incorpora o no la Universidad a la huelga? ¿La autoridad funcional, persuadida de que el orden y la disciplina son los pilares de la Universidad, o la autoridad del saber (o autoridad política) que piensa, por el contrario, que los pilares de la Universidad es la realidad caótica nacional, los conflictos sociales y las contradicciones políticas?

Conforme a lo ya dicho, no nos cabe duda de que la Universidad deberá ir a la huelga de apoyo si así lo indican quienes representan el saber político.

Lo anterior ofrece una dificultad posterior: ¿quién y de entre quienes se han de nombrar los sujetos que han de desempeñar los cargos más decisivos en el gobierno de la Universidad? O, dicho de otra forma: tales cargos, tradicionalmente representativos de las directivas universitarias, ¿son cargos funcionales o son cargos del saber y, por ende, políticos? La importancia de estas preguntas es enorme porque en manos de quienes detectan los tales cargos se halla el poder de la Universidad. En una Universidad socialista, tal como hemos propuesto, el asunto del poder se equipara con el de comunicación dialógica. Esta es horizontal, dijimos. Más aún: la conciencia política es la conciencia del diálogo, del saber universitario. Se ha de reconocer el valor de la siguiente conclusión: Las auto-

tidades universitarias no pueden “transmitirse” hereditariamente, sectariamente. Deben ser nombradas de entre quienes, políticamente, **saben el mundo donde se inspira la institución**. Si tal cosa no ocurriera, pienso que, automáticamente (y, a pesar de sus nombres tan cargados tradicionalmente de “autoridad”), pasarían a componer el conjunto de ejecutivos, autoridades funcionales, quienes no tendrán, a mi juicio, competencia para decidir más allá de sus límites y, consecuentemente, nunca entrarían a componer ningún tipo de Consejo Superior Universitario u organismo máximo rector. Por el contrario, si los mencionados cargos han sido nombrados de entre quienes verdaderamente gozan de conciencia política, con todo lo que tal conciencia arrastra a su favor, según ya se dijo, no habrá duda de que podrán, más aún deberán, pertenecer a los organismos superiores que rijen los destinos de la Universidad latinoamericana de compromiso socialista.

Una observación antes de terminar. Se podrá objetar que aún no estamos preparados para poder edificar este tipo de Universidad. Seguramente. Pero diré también que a mi juicio no es este el peor de los males, sino **la pereza** que nos invade para procesar esta forma de Universidad. La inmovilidad en las mentes, hundidas en mil problemas funcionales, la falta de reflexión en otros casos, el principio de inercia, el temor y el miedo a la libertad y al cambio... en fin, tantos “motivos” par a seguir como **se hacía** desde hace tanto tiempo...

Mucho me temo que las Universidades latinoamericanas prefieran continuar con su izquierdismo estéril y demagogo o con su derechismo regresivo. Ciertamente, lo peor que nos puede ocurrir es que, todavía hoy, no nos decidamos por un procesamiento radical de las Universidades conforme a los signos políticos de los tiempos...

